



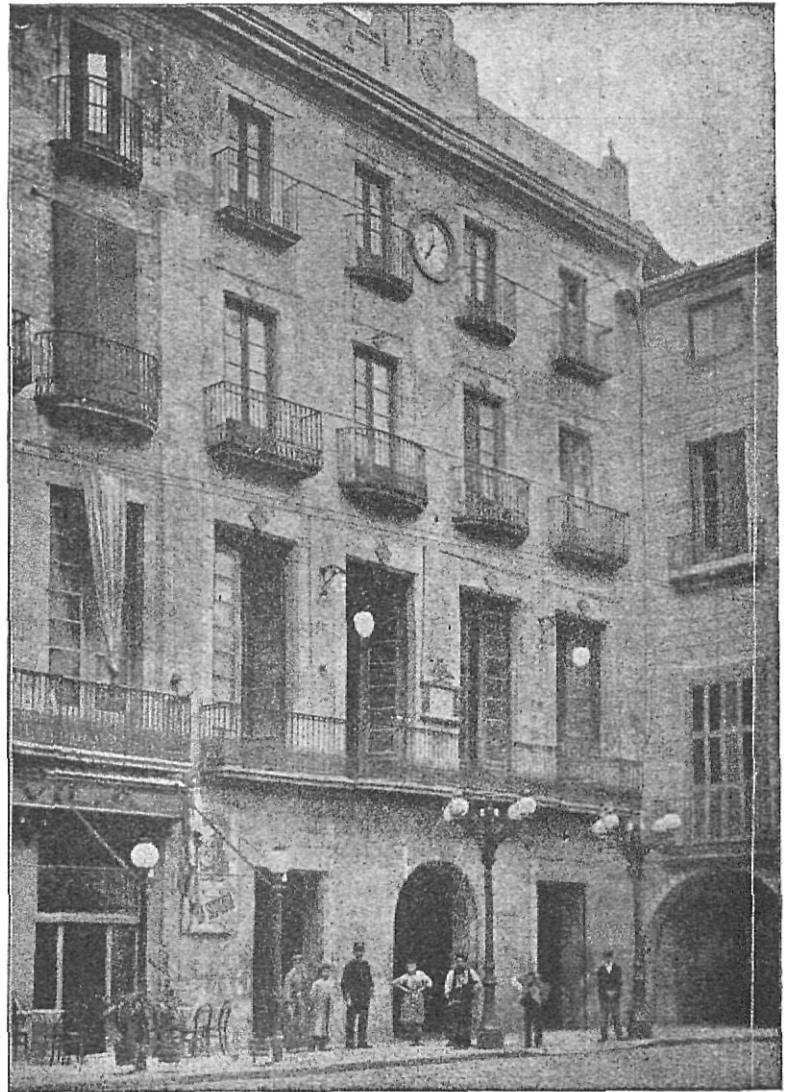
POSTAL
GERUNDENSE

UN POCO DE LUZ

Por JORGE DALMAU

Son las siete en punto de la tarde y ningún coche ha estorbado para sacar la foto. Muy raro. Efectivamente, no ha pasado ninguno. Pero han pasado, eso sí, cincuenta años. Cincuenta años, o quien sabe cuántos para cambiar las farolas y los globitos. La plaza diría algo, mucho, de las generaciones que han pasado por ahí, y de los artesanos que montaron esas lámparas del primer piso.

Ya lo véis, el reloj, los pisos, la acera, siguen igual, burlando el paso del tiempo. Pero los hombres y la iluminación dan testimonio de haber envejecido; porque unos y otra para conquistar la vida han de luchar con tesón. Y así, se gastan. Pero así, también, hay motivo para la renovación.



Esa estrella de luz blanca que todas las navidades vemos brillar en la Rambla de nuestra ciudad, acompañada de unas siluetas de campanas, la podríamos hacer buen símbolo de ese surgir decidido que felizmente va teniendo el capítulo de la iluminación, saliéndose —muy tópico, pero exacto— de la noche de los siglos.

El derroche de nuestras bombillas en aquellos días, la «canita al aire» de los contadores, al igual que el de los puentes iluminados por las ferias, sería vacío proceder si no fuese acompañado del continuo renovar iluminaciones de nuestras calles. Hubo un tiempo, sí, en que a la extraordinario luz de un día 5 de noviembre, cerrando semana grande, seguía la cotidiana penumbra del 6, o peor aún, el rompecabezas de unas desdichadas restricciones eléctricas; en aquellas circunstancias no diremos que fuese insulto el derroche de luz ferial, pero sí un des-

equilibrio: era como quien se abstiene de cenar para poder pasar por la taquilla de un cine.

Afortunadamente ha llovido mucho. Y —al igual que en tiempo de «restricciones», ya que entre lámparas anda el comentario— la lluvia es directamente proporcional a las buenas caras. Hoy es corriente ver aprobados uno tras otro presupuestos de nuevas iluminaciones de calles y plazas; a uno ya le es familiar esa cantidad alargada que suele terminar con 29 céntimos, y es frecuente la sorpresa de pasar un día por una recéndita calle, pongamos Portal Nou, por ejemplo, y hallarse en que los números de las casas pueden ahora leerse, y en que cuando se ha caído una rubia, una rubia-monedita, uno no ha de renunciar a su hallazgo, y cuando una rubia de las otras ha de circular por ahí, aunque sea joven, no ha de temer la oscuridad y los consecuentes suyos.

Ya era hora. Porque una ciudad a oscuras huele a guerra. Una ciudad en paz, en cambio, es clara; es el buen semblante de la persona sana que puede siempre aumentar su buen estado poniéndole a sus colores una nueva pincelada, como puede una ciudad que se está iluminando bien tener sus «extras» encendiendo miles de filamentos sobre el río en las noches de ferias, porque el desequilibrio está desapareciendo en estos días. Hoy es la plaza de San Pedro, mañana será Eximenis o Capuchinos, o la otra, que todos sabemos o que todos esperamos porque es la calle nuestra de cada día y que bien quisiéramos fuese la primera entre todas las llamadas.

Puestos ya a hacer discurrir la observación por los dos clásicos extremos, uno de cal y otro de arena, se enciende ahora una luz roja. Hay que pararse. Pararse a curiosear en el mundo del comercio, en lo tocante a iluminación. Una calle céntrica no es solamente una acera y unas cuantas baldosas o adoquines, porque pertenecen a la calle también los escarpates de los establecimientos comerciales, cuya iluminación daría un buen empuje a la de la calle, al mismo tiempo que sería nota de buen tono para el comerciante y para la ciudad en general. No sugerimos horario de iluminación; simplemente decimos que con tacañería no se ilumina bien una ciudad y que no es correcto culpar de todo al ayuntamiento en este asunto cuando hay tantos hombros que podrían arrimar. Iría aquí muy bien aquel refrán oriental que dice: «Es mejor encender una cerilla que maldecir las tinieblas». Lo que ocurre es que habiendo estado vigente durante tantas generaciones el viejo Código de Comercio que señalaba el pago de las letras de cambio «antes de la puesta del sol», la experiencia demuestra que la frase enraizó tan profundamente en el espíritu comercial que después de la puesta del sol, como si se tratase de especial contrato, no puede ya iluminarse una buena parte de los escaparates comerciales; se nos dirá que cada establecimiento es un mundo, claro que lo es. Quien tenga escaparates para ver, que oiga, y quien elegancia que mostrar, que encienda.

La ciudad moderna tiene varios momentos luminosos que marcan pauta en la pequeña historia de la mayoría de edad de la ciudad. Una primera etapa, muy elemental, fue cuando la fiebre de las fiestas de barrio: cada calle se alegraba con un gasto de quilovatios que deslumbraba durante dos o tres noches, pero fue muy pasajero; tenía demasiada intensidad... como todas las fiebres. Pero sirvió para que el programa de ferias se sintiera herido en su amor propio, y como fruto de noble emulación nos fueron deparadas unas iluminaciones sobre el río, a todo color. Y vino después otra etapa en la educación colectiva de la elegancia en iluminación: suprimir las bombillas coloreadas, porque la luz blanca es más refinada; así fue como pudimos contar con iluminación de campanarios a luz blanca, relegando los colores fundamentales a los postes de semáforos que, guiñando, logran distraer a los que esperan que salga el color de la esperanza. Buen momento ese del orden: luz blanca para la poesía de la ciudad, luces de colores para la prosa de las calles. Finalmente, vivimos actualmente otro momento particular en el que todos estamos comprometidos; se trata del gesto delicado de los conductores de vehículos que al pedir paso libre han abandonado el claxon para utilizar las luces de cruce, norma que en nuestras calles más transitadas es todavía heroicidad seguirla exactamente, dada la anarquía en el paso de peatones, anarquía que deberíamos todos revisar y convencernos de que si las señales luminosas no son atendidas, volverá a las andadas el claxon estridente dentro del casco urbano. Sería una lástima.

La luz fue quien inauguró la Rambla nueva de Gerona, y la luz ha de ser quien al asociarse al sonido ponga a nuestro Paseo Arqueológico en la primera fila de nuestros sueños y realidades.

Por todas partes la luz ha de acompañarnos. Tenemos que hacerla bien nuestra. Tanto como la de la noche de un 8 de diciembre, en que las iluminaciones de la Inmaculada ponen en el balcón de Gerona eso, un buen pensamiento.